

«destruir una república que, desde hacía treinta años, no había dado una sola prueba de buena fe». Sin embargo, ensalzó la soberanía, la independencia de los pueblos, esto es, todos los principios violados por la expedición, y reprodujo el sofisma de respetar la libertad de un pueblo que se invade, sofisma burdo que no me detendré ya en refutar.

Desde el mes de mayo, Cowley había escrito: «Por más que Thouvenel haya plenamente admitido que ningún gobierno fuese impuesto al pueblo mexicano, yo engañaría á V. S. si la ocultara que mi convicción personal es que existe una intención bien determinada, aunque no confesada, de derribar el gobierno de Juárez, cualesquiera que sean las consecuencias, aunque ello produzca la guerra civil». Después del discurso de Billault, ya nadie dudó y desde entonces comenzó la reprobación, que debía volverse universal, aun entre los que formaban parte del gobierno, luego que la libertad de juicio y de palabra dejara de ser cohibida por la necesidad de reparar un revés militar.



## CAPITULO III

### Toma de Puebla.—Entrada á México.

#### I

Forey, llegado á Veracruz el 21 de septiembre de 1862 (1), desembarcó luego las tropas que llevaba, pero no bajó á tierra hasta el día 25 á las siete y media de la mañana, con objeto de impresionar, con gran aparato militar, la imaginación del pueblo mexicano. Había sido precedido por una proclama escrita por el emperador y traducida al español. Decía Napoleón en esa proclama que «no había ido á hacer la guerra á los mexicanos, sino á un puñado de hombres sin escrúpulos ni conciencia, que habían pisoteado el derecho de gentes, gobernaban por medio del terror más sanguinario y no habían vacilado, para sostenerse, en vender por girones al extranjero el territorio de su país».

1 Consecuente con mi propósito de dar á conocer todo lo que dice Ollivier en *El Imperio Liberal* acerca de la intervención y del imperio en México, voy á entresacar lo referente á los meses de julio y agosto de 1862, de lo que contienen los capítulos comprendidos entre los que tratan exclusivamente de ese asunto y forman los II y III de este libro. Refiriéndose á las relaciones de los gobiernos francés, inglés y español después de la ruptura de Orizaba, dice: «La ruptura de Orizaba y su aprobación en Londres no había alterado las buenas relaciones entre los gabinetes de Francia é Inglaterra. Seguían sobre todo de acuerdo en su actitud benévola hacia los Estados del Sur, el gabinete inglés á causa del algodón, el francés á causa de la expedición de México» y añade que por entonces Napoleón hasta quiso reconocer al Sur como república, á lo cual no accedió Palmerston, cuya opinión secundó Thouvenel. Con respecto á España, dice que «no se resignaba como Inglaterra»; que «su ministerio lamentaba la ruptura que se había creído obligado á aprobar»; que «Mon, embajador en París, descontento por tal inconsecuencia, había dado su dimisión» y que «el Gral. Concha había sido enviado en calidad de envia-

Una vez que las tropas, hubieron pasado revista, Forey comentó á su manera la proclama imperial, y con el fin de ganarse la voluntad de los habitantes, hizo que se izara el pabellón mexicano en el palacio del Ayuntamiento. En virtud de sus plenos poderes, pronunció después la disolución del gobierno instituido por Almonte, porque no representaba al país. Hecho todo esto, no le quedaba más que salir de Veracruz. Ahí se estuvo, sin embargo, hasta el 12 de octubre, como si esperara que la fiebre amarilla le expulsase.

A su llegada á Orizaba, se encontró con la primera dificultad: las relaciones con Saligny. No contento con haber hecho del acuerdo con éste una condición para darle el mando, el emperador había insistido sobre ese punto en sus instrucciones confidenciales: «Ignoro si el carácter privado del Sr. de Saligny deja que desear, ignoro si se le puede reprochar intemperancia de lenguaje, pero lo que sí sé y declaro es que desde el principio de la expedición sus comunicaciones han sido dictadas por el buen sentido, la firmeza y la dignidad, y no dudo de que, si sus opiniones hubiesen sido tomadas en cuenta, nuestro pabellón flotaría en México. Se dice que ha engañado al gobierno acerca de la realidad de la situación; al contrario, me complazco en reconocerlo, ha dicho siempre la verdad. Jamás ha pretendido que los mexicanos fuesen bastante entusiastas y enérgicos para salir al encuentro de nuestros soldados y derribar por sí mismos el gobierno que les oprime. Pero sí ha sostenido que, una vez dentro del país, encontraríamos poblaciones que tie-

do extraordinario y con la orden de reanudar, si era posible, un tratado que se quería creer suspenso y no roto». Dicho esto, relata cómo Napoleón manifestó por la reina de España una amistad tan ardiente, que hasta parecía hostilidad hacia el pueblo español, pero sin querer tratar el asunto de la ruptura. Acerca de la actitud de Thouvenel en aquellos momentos, Ollivier dice: «Había tan frecuentemente afirmado con entera buena fe que no pensábamos intervenir en la constitución interior de México, que, mal avenido con su conciencia desde que la intervención no se disimulaba y desde que la situación no dependía ya de él, pensaba en retirarse». Y acerca de lo que pensaba Napoleón en esos mismos momentos, se expresa así: «También para el emperador la expedición de México era un tormento y la de Italia seguía siéndolo. Perseguido por esta doble preocupación, buscaba los medios de enviar soldados á México sin desorganizar el ejército y retirarlos de Roma sin menoscabo de su honor. Pero era más fácil embarcar tropas para Veracruz que hacer que regresaran á Tolón las de Roma».—NOTA DEL TRADUCTOR.

nen simpatía por nosotros. Y la prueba de que ha dicho la verdad, es que, después del desastre del 5 de mayo, he leído en un informe del cónsul de Prusia en Puebla, dirigido á su gobierno, que la ciudad estaba consternada al día siguiente de nuestro fracaso y que, mohina y silenciosa, estaba muy lejos de compartir el júbilo de las tropas mexicanas. Sé por veinte cartas llegadas de México, que antes del 5 de mayo, el gobierno estaba estupefacto y que el pueblo nos esperaba impacientemente, como á sus libertadores. Así, pues, el Gral. Lorencez no ha sido engañado por los informes de Saligny y de Almonte, y si hubiese tenido éxito en el ataque de Puebla, lo que esos señores le habían anunciado se hubiese realizado. No le reprocho á dicho general el haber fracasado: todos pueden engañarse en las cosas de la guerra; pero sí le he tenido á mal que haya vituperado á quienes no lo merecen. Si hubiese triunfado en Guadalupe, se habría, con razón, atribuido el mérito, no habiéndolo logrado, debe solo soportar la responsabilidad.» Después, el emperador había ordenado la mayor benevolencia con Almonte y con todos los mexicanos que se nos ofrecieran.

La víspera de su llegada á Orizaba, Forey recibió á Lorencez y escuchó sus recriminaciones; el 24 de octubre entró á la ciudad, escoltado por el Gral. Almonte, y apenas bajado del caballo, tuvo una conferencia con Saligny. «Después de una conversación de tres horas, escribí al emperador, me he convencido de que todas las recriminaciones que han afligido á V. M. reconocen por causa el fracaso de Puebla, y de que el ejército ha sido impelido por el Gral. Lorencez á tomar una actitud lamentable, persuadido de que el Sr. de Saligny es el único autor de ese fracaso. Este ha probablemente cometido faltas, pero, según lo que he podido juzgar en la primera entrevista, oyendo sus explicaciones, que han tenido toda la apariencia de la sinceridad, me inclino á creer que la irritación del Gral. Lorencez contra él, proviene primeramente del fracaso de Puebla y después y sobre todo de una susceptibilidad exagerada» (26 de octubre). (1)

Al día siguiente, Forey reunió á todos los oficiales y les recomendó de la manera más insistente que no continuaran tratán-

1 Tengo en mi poder los originales de todas las cartas que voy á citar.—NOTA DEL AUTOR.

do mal á Saligny «No sólo, dijo, no ha sido tratado con las consideraciones que merece su posición, sino que se le ha insultado, y hasta se han dado órdenes para que los oficiales se abstuviesen de ver á los miembros de la legación. Tal antagonismo ha sido para la acción francesa una causa de debilidad que ha causado mucha pena al emperador. Debe, por lo mismo, terminar. El Sr. de Saligny, por lo demás, está ahora subordinado. Vuestro amor propio no tiene, pues, que temer influencias enojosas. De hoy más, yo soy el único responsable y cuento con vuestra adhesión al emperador, para que os conforméis con su deseo. No os lo mando; os lo pido como amigo.» Al día siguiente de la partida de Lorencez (11 de noviembre), se comunicó á los oficiales que el Sr. de Saligny recibía los martes y que el general vería con gusto que todos concurriesen á las recepciones del ministro, para demostrarle su estimación. Fueron tales recepciones muy concurridas por lo pronto.

Allanada esta dificultad preliminar, el general pudo ocuparse en los asuntos militares. El 11 de noviembre, el desembarque de las tropas llegadas de Francia y de su material de guerra quedó terminado, gracias á la solicitud inteligente de Jurien de la Gravière, repuesto en el mando de la escuadra. El cuerpo expedicionario se componía: de dos divisiones de infantería, la una mandada por Bazaine, la otra por Douay; de una brigada de caballería bajo las órdenes de Mirandol; de ocho piezas de 12, de sitio, doce de 12, de reserva, veinticuatro de campaña y doce de montaña. Por todo: veintiocho mil ciento veintiséis hombres y cincuenta y seis cañones. La brigada de reserva, las tropas auxiliares mexicanas y un pequeño contingente egipcio, hacían ascender el efectivo á treinta y cinco mil hombres. El Gral. Laumière mandaba la artillería y Wolf dirigir los servicios administrativos.

El emperador había dado á Forey instrucciones de que marchara sobre Puebla, habiéndole escogido á causa de las muchas pruebas de audacia que había dado en otras ocasiones. Pero se había vuelto pesado, gravadoso. Cuando se sentaba en algún lugar, ya no se resolvía á levantarse. Había salido con trabajo de Veracruz y parecía que le habían clavado en Orizaba. Aunque aquí al menos tenía un motivo para permanecer: la necesidad de asegurar á sus tropas víveres para muchos meses. Pero, á pesar de que se le aseveraba que encontraría inmensos

recursos en la meseta de Anáhuac, no tuvo la idea de ir á cerciorarse de ello, se obstinó en sacarlo todo de Veracruz. El país estaba agotado: la intendencia debió proveerse en los Estados Unidos y á precios exorbitantes, de semillas y otros alimentos para los soldados, de forrajes, de acémilas, destinadas á suplir, en los detestables caminos, á los carros mexicanos demasiado pesados y lentos. Y así transcurrían los días y los días.

Sin embargo, en los primeros de diciembre se decidió el general á poner el pie en la meseta de Anáhuac. La columna Douay trepó á ella por las cumbres de Acultzingo; el 99 de línea, por la ruta de Maltrata; Bazaine, por Jalapa y Perote. En fin, durante el mes de enero de 1863, Forey determinó enviar también allá arriba al intendente Wolf, para que viese si, como se le había dicho, había provisiones de boca. Wolf descubrió recursos inmensos, sobre todo en la llanura de Tehuacán: vió que podía procurarse un millón de raciones de toda especie. Entonces se renunció á hacer llegar de Veracruz los largos y costosos convoyes que se tenían preparados. Y así fué cómo la inmensa cantidad de víveres que ahí se habían amontonado á tanto costo, se pudrieron. Apenas si se pudo reexpedir rumbo á Francia lo que podía soportar el viaje: café, azúcar, aguardiente: el resto, galleta, centeno, maíz, harina, fué cedido á los marinos ó vendido á vil precio.

Mientras se hacían los preparativos militares, el acuerdo político con Saligny estuvo á punto de romperse. Fué acusado ante el general en jefe, de conspirar á la sordina y de seguir dando á Almonte, á pesar de las proclamas oficiales, el título de jefe supremo de la nación. Aunque Saligny negó tales cosas, Forey se enojó, habló de traición y se quejó al emperador de la conducta del diplomático á quien acababa de recomendar tan calurosamente á los oficiales. «No es posible desconocer que el Sr. de Saligny se ha ofendido porque se le ha puesto en el segundo lugar. Por su parte, el Gral. Almonte no ha podido bajar de grado del pedestal que él mismo se había erigido. No es, pues, de sorprender que hayan ambos formado una especie de alianza para tramar una intriga por medio de la cual tratan de recobrar su antigua importancia, al menos á sus propios ojos. El Sr. de Saligny conoce á las gentes de este país mejor que nadie, según dice él y según cree V. M. Yo lo creo también en lo que se refiere á los personajes, pero no se nece-

cita haber habitado México durante muchos años para apreciar el carácter general de los mexicanos. Pronto se comprende que son falsos, astutos, intrigantes y que hay que desconfiar de ellos. Y yo me pregunto si esos defectos, á causa del largo contacto, no han trascendido hasta el Sr de Saligny». Pero tranquilizaba al emperador respecto á sus intenciones: «No temáis, *Sire*, que me deje arrastrar á conducirme irreflexivamente. No ocultaré al Sr. de Saligny la sorpresa que me causa su conducta, pero le tendré todos los miramientos debidos y no le diré una palabra que pueda turbar la buena armonía que os he prometido y que os prometo conservar, al menos en lo que de mí dependa» (9 de enero de 1863).

Era más expansivo con Fleury: «El Emperador tiene en él una confianza absoluta y yo temo que aunque la merezca por su conocimiento de los hombres y las cosas de esta tierra, no sea lo mismo en lo que se refiere á su propio carácter, que creo poco leal, desprovisto de esa rectitud que agrada ver en los hombres que ocupan altas posiciones y á quienes se confían graves intereses. El Sr. de Saligny no ha podido vivir en buena inteligencia con el excelente Jurien de la Gravière, que es la personificación del honor. Ya sabéis lo que ha pasado con Lorencez, y no estoy lejos de creer que éste no tuvo toda la culpa. Sé que mantiene una correspondencia frecuente con el Gral. Rollin, quien comunica sus cartas al Emperador, y temo que, sabiendo, como sabe, escribir con habilidad y conservar siempre en su juego algún triunfo, como decía cierta vez á Jurien, logre preocupar á S. M. con sus quejas constantes. Sin duda alguna, yo había preferido encontrar aquí, para ayudarme en la difícil misión que se me ha impuesto, á un hombre de un carácter elevado, cuya honradez y lealtad no fuesen discutidas por nadie y cuya conducta privada no hubiese sido pasto de la maledicencia; pero tal como es, conservaré con él buenas relaciones hasta el fin, como se lo he prometido al Emperador» (25 de enero de 1863).

Cumplió su palabra. Como sus quejas no tuvieron mejor éxito que las de Lorencez, ocultó su íntima manera de pensar, vivió en buena inteligencia con Saligny y siguió bajo su dirección política.

## II.

Los mexicanos se admiraban y se regocijaban con nuestras demoras; y se aprovechaban de ellas para fortificarse en Puebla. Zaragoza, víctima del tifo, había sido reemplazado por González Ortega, quien tenía como jefe de Estado Mayor á Mendoza, anciano de setenta y cinco años, pero todo actividad y energía. Se estableció, bajo la dirección inmediata del ingeniero Colombres, una línea externa de defensa, formidable, con obras de tierra que se seguían las unas á las otras, con sólidas construcciones, iglesias y fuertes por reductos: al norte, las ciudadelas de Guadalupe y Loreto, al este, las de Misericordia y Zaragoza, al sur, las del Carmen y Totimehuacán, al oeste, la de San Javier.

El interior de la ciudad se componía de islotes de casas rectangulares, llamados *manzanas*, en medio de los cuales se elevaban las iglesias y conventos. Cada una de esas manzanas fué puesta en estado de defensa; fueron rotas las escaleras de las casas, atrincheradas sus puertas, artilladas sus ventanas; convertidas las iglesias y conventos en fuertes y en almacenes, derribados el campanario y la cúpula de Guadalupe para reemplazarlos con terraplenes cubiertos de cañones. En el centro, en derredor de la catedral, fué establecido un vasto reducto protegido por una doble hilera de barricadas. Así una línea interior de defensa apoyaba, hasta poder suplirla, la línea exterior. Dieciocho mil hombres, valientes, resueltos, sostenidos por ciento setenta bocas de fuego, estaban distribuídos en estas obras, mientras un ejército de auxilio se reunía bajo las órdenes de Comonfort.

Juárez fué en persona á levantar los ánimos, á distribuir medallas conmemorativas á los soldados que habían rechazado al invasor, y dirigió al ejército una proclama en que decía: «Así pues, el emperador Napoleón persiste en sumir en los horrores de la guerra al pueblo que ha prodigado sus simpatías y sus favores á los franceses. La conciencia de todas las naciones civilizadas ha condenado severamente esta invasión, tanto por sus miserables pretextos, como por su objeto más miserable aún. El gobierno del emperador no pide justicia: no se la hemos negado nunca. Su objeto real es humillarnos y destruir una república

libre y democrática, que ha abatido completamente á las clases privilegiadas. Vais á defender la causa de la libertad, de la humanidad y de la civilización».

Se hicieron imprimir los discursos de Julio Favre y de Ernesto Picard y se fijaron en todas las esquinas de la ciudad. Un periódico comenzó á publicarse, en francés y en español. Todos los números de ese periódico tenían á la cabeza una página de *Napoleón el pequeño*. Victor Hugo envió también una proclama: «Mexicanos: Tenéis razón en creer que estoy con vosotros. No es Francia la que os hace la guerra: es el imperio. Ciertamente, estoy de vuestro lado. Vosotros y yo estamos en pie frente al imperio, vosotros en nuestra patria, yo en el destierro. Combatid, luchad, sed terribles, y si creéis que mi nombre os pueda ser útil, servíos de él. Apuntad á la cabeza de ese hombre y que la bala sea la libertad. Valientes mexicanos, resistid, esperad. Vencedores ó vencidos, Francia seguirá siendo vuestra hermana, hermana en vuestras glorias como en vuestras desdichas, y yo personalmente os llevaré, vencedores, mi fraternidad de ciudadano vencidos, mi fraternidad de proscrip».

## II

El 23 de febrero por la mañana, Forey se decidió á salir de Orizaba. Al rendir su quinta etapa, en Quecholaca (27 de febrero), habiendo la caja del pagador quedado vacía, se detuvo para esperar de Veracruz cuatrocientos mil pesos que había ido á buscar el *Allier* á La Habana. «Concibo que un general de ejército, le escribió á ese respecto el emperador, se encuentre embarazado en sus operaciones por la falta de víveres ó de municiones, pero no puedo admitir que retarde su marcha para esperar un convoy de dinero. Espero que los primeros correos que me lleguen, me traerán noticias que me hagan olvidar este enojoso contratiempo» (1).

El 9 de marzo, Forey volvió á emprender su marcha de tortuga. El 16 comenzó la circunvalación de Puebla: la división Douay por el norte, la de Bazaine por el sur. El cuartel gene-

1 El emperador á Forey. Abril 14 de 1862.—NOTA DEL AUTOR.

ral se estableció en el cerro de San Juan, de donde se descubría toda la ciudad y la campiña. El 19 el cerco era completo.

Las gentes del país aconsejaban que se atacara por el sur, por el fuerte del Carmen, porque, tomado el fuerte, se estaría á poca distancia del reducto central y la ciudad se rendiría á discreción. Forey prefirió atacar el fuerte de San Javier, por el oeste, frente á su cuartel general, aunque la distancia de este fuerte al reducto central, al través de las calles atrinchera-das, fuese doble. El fuerte de San Javier era un hermoso edificio de piedra de cantera, de dos pisos y en forma de octógono alargado. Como sobresalía de la línea exterior fortificada, era más fácil rodearlo y hacer converger contra él los ataques. Esta consideración hizo que Forey se decidiera, con tanta más razón cuanto que estaba imbuído á su vez en las ideas de Saligny, y convencido de que apenas se rompiera la línea de defensa en cualquier punto, Puebla se levantaría en su favor y González Ortega cesaría de resistir.

Antes de que la trinchera fuese abierta, el coronel Du Barail con dos escuadrones de cazadores de Africa, derrotó, en un combate brillante, á tres regimientos mexicanos, haciéndoles cien prisioneros. El 23 de marzo por la noche quedó abierta la trinchera; el 29, las tropas, vigorosamente conducidas por Bazaine, asaltaron, y el fuerte fué tomado, pero la ciudad no se rindió, siguió resistiendo. Nuestra artillería, de calibre demasiado pequeño, no logró demoler las macisas construcciones tras de las cuales se abrigaban los sitiados. Era preciso entablar una lucha cuerpo á cuerpo, por sobre murallas y fortines.

Forey habría querido que, antes de lanzarse sobre la ciudad, se tomase también, por el rumbo sur, el fuerte del Carmen; porque, partiendo á la vez de los dos fuertes, habríamos marchado, en direcciones perpendiculares, dividiendo las fuerzas del enemigo. Pero la artillería expuso que no tenía municiones suficientes y fué preciso limitarse al ataque de las manzanas que separaban al fuerte de San Javier del reducto central, y hasta se llegó á abrigar la esperanza de llegar á éste sin esfuerzos demasiado sangrientos, porque las manzanas cercanas al fuerte, aun la número 25, en que se encontraba la iglesia de San Marcos, estaban arruinadas por nuestras baterías y no costó gran trabajo tomarlas.

De ahí en adelante, se tropezó con fortines escalonados, pro-

vistos de artillería y de costales de tierra detrás de los cuales hacían fuego los tiradores, perfectamente resguardados. La noche del 2 al 3 de abril, el Gral. Bertier se vió obligado á renunciar al ataque de la manzana número 26 y del gran cuartel situado detrás del convento de Guadalupe. El Gral. Lhéruillier no tuvo mejor éxito la noche del 3 al 4 del mismo mes.

Se trató entonces de aproximarse á la manzana número 34 por medio de galerías subterráneas, pero la roca impidió que se abrieran y fué preciso detenerse. Desde la iglesia de San Marcos, de la cual nos habíamos hecho dueños, la artillería abrió una brecha, y la noche del 6 al 7 un batallón del 1º de zuavos se lanzó al asalto. La primera columna, guiada con rara energía por el capitán Galland, atravesó á paso veloz la calle que dividía ambas manzanas y penetró por la brecha. La segunda columna se apercibía á seguir á la primera, cuando recibió por el flanco derecho un terrible fuego de fusilería y artillería, y se detuvo, y retrocedió. Entonces la cola de la primera columna, sintiéndose en peligro de ser cortada, retrocedió también y aumentó el desorden. Ningún esfuerzo de los oficiales bastó para decidir á los zuavos á que atravesaran aquella calle barrida por la muerte, y la parte de la columna que había penetrado en la manzana, fué abandonada y cercada. Galland se negó á capitular, pero sus hombres le fueron abandonando sucesivamente, y cuando ya no tuvo á su lado más que á dos subtenientes, dos cabos y un zuavo, se rindió, obteniendo el honor de conservar sus armas.

Estos sucesos exaltaban el ardor de los mexicanos. Nuestros soldados se descorazonaban con esta lucha contra murallas, campanarios y fusiles de que no se veían más que las bocas, con estos combates callejeros en que el valor sólo servía para aumentar el número de las víctimas inútiles.

Forey se conmovió, convocó á su consejo de guerra á los generales, jefes de Estado Mayor y jefes de servicio (7 de abril). La opinión unánime fué que la plaza sólo caería bajo el fuego de cañones de grueso calibre, de los cuales se carecía y que era preciso pedir á Veracruz, al almirante, ó quizá ir á buscar á las Antillas. Forey objetó la dificultad y la tardanza de esos procedimientos y preguntó si no sería mejor suspender las operaciones del sitio y, sin levantarlo, marchar sobre México, tomarlo, derribar á Juárez y regresar para tomar á Puebla. A esto se arguyó que no se tenían fuerzas suficientes para tener encerradas

en Puebla, por medio de una circunvalación efectiva, á una guarnición de dieciocho mil hombres, yendo al mismo tiempo á atacar á una ciudad como México, cuya situación topográfica le permite oponer una vigorosa resistencia. «Y bien, dijo entonces Forey, levantemos el sitio, reunamos á todas nuestras tropas y corramos hacia México para tomar ahí las llaves de Puebla». Este partido fué adoptado, sólo que la operación fué aplazada hasta que llegara un convoy de municiones que era esperado de Orizaba el 16 ó 17.

Forey, reflexionando día y noche, no tardó en percatarse de los peligros que presentaba el levantamiento, siquier fuese momentáneo, del sitio: abatiría á nuestros soldados y envalentinaría á nuestros adversarios, y hasta la resistencia de México sería estimulada si flaqueásemos frente á Puebla. Sabedor de la consternación que había producido en el ejército la decisión del consejo de guerra, renunció á ella con mayor prontitud que aquella con que la había adoptado y resolvió continuar el sitio cualesquiera que fuesen sus dificultades. (1)

Mientras llegaban nuevos convoyes que renovaran nuestras reducidas provisiones, se reforzaron las posiciones de circunvalación y se enviaron á algunos destacamentos á procurarse víveres. Uno de ellos, mandado por el coronel Brincourt, derrotó en Atlixco á una fuerza más numerosa del ejército de auxilio. Algunas tentativas de salida de la guarnición fueron reprimidas y se emprendió de nuevo la penosa marcha al través de las manzanas fortificadas. En el ataque de una de ellas, el capitán Galliffet fué gravemente herido. (2)

Obtuvieronse algunas ventajas: muchas manzanas fueron quitadas al enemigo ó abandonadas por él; pero se volvió á fracasar seriamente en el ataque de la número 52, que era el convento de Santa Inés. Los ingenieros militares habían abierto cuatro minas, dos grandes, cargadas cada una de trescientos

1 Forey al emperador. 8 de abril.—NOTA DEL AUTOR.

2 Forey al emperador. 19 de abril. «Galliffet, á quien yo condecoré ayer con la cruz de Oficial de la Legión de Honor, y quien, á pesar de que el depósito de trinchera había sido suprimido, me había pedido permanecer con el Gral. Douay en la penitenciaría, acaba de recibir un fragmento de granada en el vientre. Ha llamado al capellán y su herida es muy grave. No cerraré esta carta, que sale mañana, hasta que sepa á qué atenerme acerca de su estado. El doctor no desespera.»—NOTA DEL AUTOR.

cincuenta kilogramos de pólvora y destinadas á volar dos enormes casas, y dos pequeñas, para abrir brecha en las paredes de la manzana. Pequeños carruajes cargados de sacos de tierra debían atravesar la calle que dividía la manzana 52 de la 30, que estaba enfrente y que ocupábamos, para resguardar á los asaltantes de los fuegos de flanco. El ataque había sido fijado para el 25 por la mañana. La víspera por la noche se cargaron las minas y se las pusieron mechas. Pero una violenta tempestad sobrevino; el agua invadió las galerías, amenazando llegar hasta la pólvora de las minas. Douay ordenó que se las pegara fuego: una explosión terrible se produjo, y las dos casas volaron; pero como las disposiciones para el asalto del día siguiente no estaban aún terminadas, el enemigo, vuelto de su sorpresa, tuvo tiempo de prepararse para recibirnos. El 25, al amanecer, los cañones y los obuses abrieron el fuego, las pequeñas minas abrieron la brecha, la cabeza de columna del 1.º de zuavos, guiada por vigorosos oficiales, el jefe de batallón Melot y el capitán Devaux, saltó por sobre los fosos de cuatro metros de anchura, y se apoderó de un parapeto provisto de artillería y penetró á la manzana. Mas ahí se encontró con unas verjas de hierro detrás de las cuales tres reductos escalonados vomitaban metralla. No se había llegado á encontrar una defensa tan formidable; fué preciso retroceder; ciento treinta hombres, entre los cuales había siete oficiales, fueron hechos prisioneros. «Los esfuerzos del enemigo, escribió González Ortega en su diario, han fracasado gracias al vigor de la defensa, aunque en el momento del asalto, los soldados franceses pelearon como leones».

Hubiera sido insensato continuar esta terrible lucha y se acabó por donde debía haberse comenzado: se resolvió atacar los fuertes del sur. Pero ¿cuál de ellos como punto objetivo: el del Carmen ó el de Totimehuacán? La artillería designaba el primero, los ingenieros el segundo. Bazaine, cuyo campamento estaba poco retirado de Totimehuacán y que había estudiado sus condiciones de resistencia, hizo que se adoptara la opinión de los ingenieros y fué encargado del ataque.

Sus preparativos fueron interrumpidos por dos tentativas de Comonfort para romper el hermético cinturón con que rodeábamos á la ciudad para sofocarla. Llegó con un millar de jinetes, sostenidos por infantería y artillería, á San Pablo del

Monte, para tantear el terreno y ver si podía introducir un convoy de víveres. El comandante Foucault, á la cabeza de un escuadrón de cazadores de Africa, sostenido por una sección del 99 de línea, logró derrotarle, pero desgraciadamente recibió en la refriega un lanzazo que le quitó la vida. (5 de mayo)

Comonfort, que hasta entonces había tenido en dispersión sus tropas, concentró cinco mil hombres, sostenidos por trece cañones, en una línea paralela á la de circunvalación, apoyando su ala derecha en la aldea de San Lorenzo, situada sobre una altura que domina una profundo barranca, y extendiendo su izquierda del otro lado de esa barranca, en el camino de Tlaxcala. Un espía confirmó la esperanza que tenía Forey de poder flanquear al enemigo por la derecha, sorprendiéndolo con una marcha nocturna. Al caer la tarde, reunió más allá del puente de México, bajo el mando de Bazaine, cuatro batallones, cuatro escuadrones, entre éstos el que mandaba el capitán mexicano Peña, y ocho piezas de artillería. A la una de la mañana, emprendióse la marcha bajo la dirección de excelentes guías; á los centinelas se les engañó contestándoles en español. A las cuatro y media, la columna llegaba frente á San Lorenzo. Bazaine, con ardoroso entusiasmo bélico, sin dar tiempo á la artillería para que tomara sus posiciones y sin permitir que sus soldados dispararan un tiro, les arrojó sobre los mexicanos atrincherados, derrotándoles, persiguiéndoles hasta tres leguas más allá del campamento francés, quitándoles cinco cañones, víveres, municiones, uniformes nuevos, que sirvieron para vestir á los andrajosos jinetes de Peña. El ejército de Comonfort quedó destruído. (8 de mayo)

Bazaine, libre de enemigos por ese lado, pudo concentrar sus esfuerzos contra el fuerte de Totimehuacán, desplegando una extraordinaria actividad, haciendo cada día excursiones de tres á cuatro horas para estudiar el terreno, inspeccionando sus tropas.

Los generales mexicanos, que habían presenciado el combate de San Lorenzo desde el cerro de Loreto, habían vuelto á la ciudad muy desanimados, y más lo quedaron cuando se dieron cuenta del alcance de los trabajos de Bazaine. Entonces dieron orden de que el fuego de artillería fuera casi constante en los fuertes, aunque no tuviere objeto determinado, lo cual

podía sólo explicarse por el deseo de agotar las municiones antes de que cayesen en nuestro poder. (1)

El 12 de mayo, durante una noche oscura y lluviosa, se abrió la trinchera, y muchos batallones mexicanos que al día siguiente salieron para flanquearla por la derecha, fueron rechazados, obligados á volver á la plaza. El asalto fué fijado para el 20, aniversario de la batalla de Montebello. González Ortega lo evitó: el 14 hizo que se preguntara á Forey cuáles serían las condiciones que se impondrían á la guarnición, caso que se viera obligado á capitular. Forey contestó que tocaba al que proponía una capitulación, fijar sus condiciones; que el Gral. González Ortega debía enviarle un proyecto de capitulación por escrito; y que éste sería examinado con la idea preconcebida de evitar toda humillación á una guarnición que tan valientemente se había defendido. Dos días después, el Gral. Mendoza fué en persona al cuartel general francés, provisto de poderes para tratar de un armisticio y estipular verbalmente las bases de una capitulación que, según dijo, «se veía la guarnición obligada á proponer á causa del agotamiento de víveres y municiones».

Forey no aceptó hablar de armisticio: continuarían los tratados sin interrumpirse el combate. «Las pretensiones de Mendoza, escribió el mismo día al emperador, tendían nada menos que á hacer salir á la guarnición con armas, bagajes y cierta cantidad de piezas de campaña, con los honores de la guerra y la facultad de retirarse á México. V. M. comprende cómo acogí esta pretensión, que sería incalificable de parte de cualquier ejército que no fuese el de este país, en donde todo se ha tergiversado. Contesté á la proposición fijando los únicos términos posibles para la capitulación: que la guarnición saldría de la plaza con los honores de la guerra, que desfilaría delante del ejército francés, que depositaría sus armas y se entregaría como prisionera de guerra; y prometí que sería tratada con todos los miramientos debidos á un enemigo que ha sostenido con bravura el honor de su pabellón. Después de una larga plática, en que se trató de la situación de México, despedí al parlamentario, insistiendo en lo que había dicho la víspera: que enviara el Gral. González Ortega un proyecto escrito de capitula-

1 Forey al emperador—NOTA DEL AUTOR.

ción. Pero antes de que se marchara le dí á entender que si la guarnición obligaba á mis tropas á dar un asalto general, quedaría bajo las leyes de la guerra y sería pasada á cuchillo».

Al regresar á la plaza, el Gral. Mendoza observó que nuestra artillería había apagado los fuegos del fuerte y desmantelado sus obras de defensa.

Durante la noche del 16 al 17, González Ortega dirigió á sus tropas la siguiente orden del día: «No pudiendo seguir defendiéndose la guarnición de esta plaza por la falta absoluta de víveres y por haber concluído las existencias de municiones que tenía, á extremo de no poder sostener hoy los ataques que probablemente le dará el enemigo á las primeras luces del día, según las posiciones y puntos que ocupa y conocimiento que tiene de la situación en que se halla esta plaza; oído además por el señor general en jefe el parecer de muchos de los señores generales que forman parte del ejército, cuya opinión va de absoluta conformidad con el contenido de esta orden, dispone el mismo señor general en jefe que para salvar el honor y decoro del Cuerpo de Ejército de Oriente y de las armas de la república, de las cuatro á las cinco de la mañana de hoy se rompa todo el armamento que ha servido á las divisiones durante la heroica defensa que han hecho de esta plaza, y cuyo sacrificio exige la patria de sus buenos hijos, para que dicho armamento no pueda, bajo ningún aspecto, utilizarlo el ejército invasor. A la misma hora, el señor comandante general de artillería dispondrá que se rompan todas las piezas con que está armada la plaza. A la hora ya citada, esto es, de las cuatro á las cinco de la mañana, los señores generales que mandan divisiones, á cuyo celo y patriotismo queda encomendado el cumplimiento de esta orden, así como los que mandan brigadas, disolverán todo el ejército, manifestando á los soldados que con tanto valor, abnegación y sufrimientos defendieron la ciudad, que esta medida, que se toma porque así lo marcan las leyes de la guerra y de la necesidad, no les excluye de seguir prestando sus servicios al suelo en que nacieron, y que, por lo mismo, el citado señor general en jefe se promete que cuanto antes se presentarán al Supremo Gobierno, para que en torno suyo sigan defendiendo el honor de la bandera mexicana, á cuyo efecto se les deja en absoluta libertad y no se les entrega en manos del enemigo. Los señores generales, jefes, oficiales y tropa de que se compone este ejército, de-

ben estar orgullosos de la defensa que han hecho de esta plaza, porque si ella va á ser ocupada, es debido, no al poder de las armas francesas, sino á la falta de víveres y municiones, como lo demuestra el hecho de que hasta esta hora toda ella, con sus respectivos fuertes, se halla en poder del Ejército de Oriente, á excepción del fuerte de San Javier y unas cuantas manzanas de una de las orillas de la ciudad. A las cinco de la mañana se tocará parlamento y se izará una bandera blanca en cada uno de los fuertes y en cada una de las manzanas y calles que dan frente á las manzanas y calles que ocupa el enemigo. A la misma hora estarán presentes los señores generales, jefes y oficiales de este ejército en el atrio de la catedral y palacio del gobierno, para rendirse prisioneros, en el concepto que respecto de este punto el general en jefe no pedirá garantías de ninguna clase para los prisioneros, y por lo mismo, los señores generales, jefes y oficiales ya citados, quedan en absoluta libertad para elegir lo que crean más conveniente á su propio honor de militares y á los deberes que se han contraído para con la nación. Los caudales que existen en la comisaría se repartirán proporcionalmente entre la clase de tropa»

A las cuatro de la mañana, el Gral. González Ortega escribió al Gral. Forey: «No siéndome ya posible seguir defendiendo esta plaza por la falta de municiones y de víveres, he disuelto el ejército que estaba á mis órdenes y roto su armamento, inclusa toda la artillería. Queda, pues, la plaza á las órdenes de V. E. y puede mandarla ocupar, tomando, si lo estima conveniente, las medidas que dicta la prudencia para evitar los males que traería consigo una ocupación violenta, cuando ya no hay motivo para ello. El cuadro de generales, jefes y oficiales de que se compone este ejército se halla en el palacio de gobierno y los individuos que lo forman se entregan como prisioneros de guerra. No puedo, señor general, seguir defendiéndome por más tiempo: si pudiera, no dude V. E. que lo haría.»

¡Un pueblo cuyos jefes saben luchar y sucumbir con tanta grandeza, no tenía que ser regenerado por medio de una invasión extranjera!

A la hora indicada en la orden del día de González Ortega, los depósitos de pólvora volaban, los obuses estallaban, los cañones quedaban clavados, las cureñas aserradas, rotas las armas y disuelta la guarnición. Algunos soldados desbandados

lograron escaparse; los otros, el mayor número, fueron hechos prisioneros. Eran poco más ó menos doce mil, entre los cuales mil quinientos ocho oficiales y veinticinco generales.

«Victoria, *Sire!* escribió Forey al emperador. Esta mañana el Gral. González Ortega me ha hecho despertar agradablemente anunciándome por escrito y con uno de sus ayudados de campo, que se rendía á discreción y que podía tomar posesión de la ciudad.» La hizo ocupar por un batallón de cazadores de á pie, y él mismo entró á ella el 19, á la cabeza de su Estado Mayor y de una columna formada con secciones de todos los cuerpos. Atravesó las calles desiertas, orladas de casas de luto que parecían losas sepulcrales colocadas perpendicularmente sobre los cadáveres caídos á su pie. En la plaza de la catedral encontró á los partidarios de la invasión: el cabildo metropolitano le ofreció agua bendita y le condujo al lugar que se le había reservado en el coro, con los honores que antaño se rendían á los reyes de España.

El mismo 19, Forey escribió al emperador un resumen de sus operaciones que terminaba así: «Nuestra victoria es completa, porque ya sabemos á qué atenernos acerca de la supuesta falta de víveres en Puebla, en donde, sin que haya exceso de provisiones, hay recursos de toda especie; y con respecto á municiones, todavía las hay en enorme cantidad.» Los verdaderos motivos de la rendición habían sido éstos, según Forey: «Desde luego, la derrota de Comonfort había desmoralizado á la guarnición que esperaba de él recursos de todas clases; después, el ataque de Totiméhuacán, que no esperaba ni remotamente. Los generales mexicanos habían tomado la primera paralela por una simple trinchera destinada, como otras que habíamos hecho casi en derredor de la plaza, á oprimir á la guarnición lo más posible. Pero cuando se desengañaron, creyeron sus posiciones perdidas. Habiéndose nuestros ataques dirigido siempre hacia el oeste, toda la defensa se había concentrado de ese lado. La toma de Totimehuacán ha debido hacer que el enemigo pensara que por ahí penetraríamos fácilmente á la parte de la ciudad mejor defendida. Entonces fué cuando se me hicieron las primeras proposiciones de capitulación.» Sea de esto lo que fuere, no queda por ello menos establecido que González Ortega llevó la defensa hasta los límites extremos, más allá de los cuales se

habría convertido en una inmolación salvaje que hasta las leyes del honor habrían reprobado.

El sitio de Puebla había durado sesenta y dos días contados desde la circunvalación. Nos había costado dieciocho oficiales y ciento sesenta y siete soldados muertos, setenta y nueve oficiales y mil treinta y nueve hombres heridos, de los cuales un gran número murieron á consecuencia de sus lesiones.

Saligny aseguró á Forey que un decreto que pusiera en secuestro los bienes de todos los que empuñaran las armas contra Francia, acarrearía numerosas sumisiones, y que una prohibición de exportar numerario y objetos de oro y plata sería favorable á la renovación de los negocios. En la misma Puebla expidió Forey ambos decretos (21 de mayo de 1863).

¿Qué hacer con los prisioneros? Una parte de los soldados fueron incorporados á las tropas del Gral. Márquez; otros, empleados en los trabajos del ferrocarril, en la tierra caliente. Saligny aconsejaba que se tratase á los oficiales como malhechores, que se les transportara á Cayena ó cuando menos á La Martinica; Almonte quería más todavía: que se les fusilara á todos. Forey no consintió en inmolar así á aquellos valientes que habían con tanta bravura cumplido con sus deberes militares: decidió que fuesen conducidos á Veracruz y de ahí transportados á Francia como prisioneros de guerra. Algunos, Porfirio Díaz, Escobedo, Berriozábal, Antillón, Ghilardi, Negrete, se escaparon antes de salir de Puebla. Para guardar mejor á los oficiales y soldados enviados rumbo á Orizaba y Veracruz, bajo buena escolta, se les quitaron los botones de los pantalones para que sus manos no estuvieran desocupadas, y no pudieran correr. Sin embargo, González Ortega, Llave, Patoni, Pinzón, Prieto, García, se evadieron de Orizaba, bajo disfraces proporcionados por las señoras de la ciudad y que les fueron entregados por mercaderes autorizados á venderles víveres. A Veracruz no llegaron más que quinientos treinta de los novecientos cincuenta que habían salido de Puebla. Los fugitivos iban á reavivar la resistencia y á suministrarla jefes experimentados y populares.

El 2 de junio, los cónsules de España, de Prusia y de los Estados Unidos, diciéndose diputados por el Ayuntamiento de México, llegaron á Puebla, y anunciaron á Forey que Juárez, con lo que constituía su gobierno y con el resto de sus tropas,

había salido de la capital rumbo á San Luis Potosí; que de quinientos á seiscientos voluntarios hacían un servicio militar en México para mantener el orden; pero que, temiendo que el partido reaccionario se entregase á sus desmanes, los habitantes suplicaban al general que hiciese ocupar cuanto antes la ciudad por tropas francesas, con exclusión de los soldados de Márquez, de los cuales tenían mucho miedo. «Dicho sea entre paréntesis, escribió Forey, no carecen de razón».

A la llegada de los cónsules, la población, desbordante de regocijo, invadió las calles, enarbolando banderas, tirando cohetes, echando á vuelo las campanas y gritando: ¡Viva Francia! ¡Muera Juárez!

Bazaine, que se había adelantado por el camino de México, recibió orden de dirigirse rápidamente á esta ciudad, luego que hubiese sido alcanzado por las tropas y convoyes que iban en la misma dirección. Forey le siguió pocos días después.

